

Nota del editor

El texto original de Erik Cohen para *Los anagramas de Varsovia* estaba escrito en yiddish, aunque en ocasiones utilizaba palabras polacas, alemanas e inglesas. En esta edición hemos conservado algunos términos y expresiones extranjeros, en los casos en que pensamos que contribuían a evocar el estilo del manuscrito original o clarificar el significado de algunas frases. Al final del libro se incluye un glosario.

El manuscrito de *Los anagramas de Varsovia* de Cohen fue descubierto en 2008, debajo del entarimado de un pequeño apartamento, en el barrio Muranów en Varsovia, que había pertenecido a un superviviente del gueto judío llamado Heniek Corben. Según los vecinos, éste falleció en 1963 y no dejó descendientes.

Prefacio

He llevado un mapa de Varsovia en las plantas de los pies desde que era niño, de modo que realicé todo el trayecto hasta casa prácticamente sin confusión ni esfuerzo.

De pronto vi el elevado muro de piedra que rodeaba nuestra isla. El corazón me dio un vuelco, y una esperanza imposible hizo que mis pensamientos se dispersaran, aunque sabía que Stefa y Adam no estarían en casa para recibirme.

Junto a la puerta de la calle Świętojerska había un obeso guardia alemán comiendo una humeante patata. En cuanto pasé, un joven que lucía una gorra de *tweed* calada hasta las cejas pasó corriendo junto a mí. El saco de harina que portaba al hombro derramaba un líquido en forma de puntos y rayas sobre su abrigo; supuse que sería morse en sangre de pollo.

Hombres y mujeres avanzaban con paso cansino por las gélidas calles, rompiendo el hielo incrustado en el suelo con sus gastados zapatos, las manos enfundadas en los bolsillos de sus abrigos, emitiendo nubecillas de vapor por la boca.

En mi nerviosismo, estuve a punto de chocar con un anciano que había muerto de frío junto a la puerta de una tienda de ultramarinos. Llevaba sólo una sucia camiseta, y sus rodillas desnudas —muy hinchadas— estaban apretujadas contra su pecho, como para protegerse. Sus labios cubiertos de sangre reseca presentaban un color gris azulado, pero la piel alrededor de sus ojos tenía un color rojizo, por lo que deduje que el último de sus sentidos que había abandonado nuestro mundo había sido la vista.

En el vestíbulo del edificio de Stefa, el papel verde aceituna de las paredes se había desprendido del yeso y se caía a pedazos, mos-

trando manchas de moho negro. El apartamento estaba helado; no había ni unas migajas de comida a la vista.

Había prendas interiores y camisas diseminadas por el cuarto de estar. Perteneían a un hombre. Tuve la impresión de que hacía mucho tiempo que Bina y su madre se habían marchado.

El sofá, la mesa del comedor y el piano de Stefa habían desaparecido; probablemente los habían vendido o partido para hacer leña. En la puerta de su dormitorio había unas señales con lápiz que ella y yo habíamos hecho para tomar nota de la estatura de Adam cada mes. Deslicé la yema del dedo hacia la señal superior, la del 15 de febrero de 1941, pero en el último segundo me faltó valor; no quería arriesgarme a tocar lo único que quedaba de él.

Quienquiera que dormía ahora en la cama de mi sobrina era aficionado a la lectura; mi traducción al polaco de *El sueño de una noche de verano* estaba abierta en el suelo, al lado del cabecero. Junto al libro había una taza de hojalata que habían llenado con agua del gueto; al evaporarse, había quedado esa costra de color ocre que yo recordaba bien.

El hecho de explorar el apartamento reavivó mi propósito, y confié en volver a sentir el contacto con el mundo, pero cuando traté de abrir la puerta del armario ropero de Stefa, mis dedos penetraron en la oscura madera como si fuera arcilla densa y fría.

¿Qué significaba tener nueve años y estar atrapado en nuestra isla olvidada? Una pista: durante nuestras primeras semanas juntos, Adam solía despertarse sobresaltado, catapultado desde los terrores nocturnos, y se inclinaba sobre mí para tomar el vaso de agua que tenía en mi mesilla de noche. Al despertarme debido a sus movimientos, le acercaba el vaso a los labios, pero al principio me molestaba que turbara mi sueño. Fue cuando llevábamos casi un mes juntos que empecé a atesorar el sentirlo moverse junto a mí, la avidez con que bebía el agua, y que, cuando volvía a tumbarse, me cogía el brazo y rodeaba con él sus hombros. La forma en que su pecho se alzaba y descendía suavemente al respirar me recordaba todo aquello por lo que aún debía sentirme agradecido.

Acostado en la cama con mi sobrino nieto, me esforzaba en permanecer despierto, porque no me parecía justo que un acto tan sim-

ple como respirar pudiera mantener al niño en nuestro mundo, y necesitaba observarlo detenidamente, apoyar la mano sobre su casco de pelo rubio y protegerlo con todas mis fuerzas. Deseaba que el hecho de permanecer vivo supusiera un proceso mucho más complejo. Para él, y también para mí. Entonces la muerte nos resultaría mucho más difícil para ambos.

Casi todos mis libros habían desaparecido de los estantes de madera que yo había construido; sin duda los habían quemado para hacer fuego con que calentarse. Pero *La interpretación de los sueños* de Freud y algunos de mis propios textos psiquiátricos seguían allí. Quienquiera que vivía ahora aquí probablemente había averiguado que la mayoría de ellos eran primeras ediciones y podía venderlos a buen precio fuera del gueto.

Vi el tratado médico alemán entre cuyas páginas había ocultado dos obleas de pan ázimo para una emergencia, pero no las tomé; aunque seguía sintiendo el zarpazo del hambre en la tripa, ya no necesitaba ese tipo de sustento.

Deseoso de sentir el confort del lejano horizonte, subí por la escalera del edificio hasta la azotea y me encaramé con cuidado a la plataforma de madera que los Tarnowski —nuestros vecinos— habían construido para observar las estrellas. A mi alrededor, la ciudad se alzaba en forma de agujas, torres y cúpulas de cuentos de hadas, como una fantasía infantil hecha realidad. Al dar una vuelta completa sobre mí mismo, experimenté una sensación de ternura. ¿Es posible que uno acaricie una ciudad? Ser el Vístula y abrazar Varsovia debe de constituir en ocasiones su propia recompensa.

Sin embargo, el barrio de Stefa me pareció más deprimente que como lo recordaba, las viviendas más hundidas en la cochambre y el deterioro pese a todos nuestros alambres y cola.

Una voz cortó el aire con su estruendosa exclamación, disipando mis ensoñaciones. Al otro lado de la calle, asomado a una ventana del cuarto piso, había un hombre enjuto y arrugado cubierto con una raída chaqueta que me miraba agitando la mano frenéticamente. Tenía las sienas hundidas y una incipiente barba canosa.

—¡Eh, usted! —gritó—. ¡Se va a caer y se partirá la crisma!

Me vi reflejado en sus encorvados hombros y su mirada aterrorizada. Alcé la mano para indicarle que me esperara allí, bajé de la azotea por la escalera y atravesé la calle.

Cuando subí a su apartamento, el hombre comprendió enseguida que yo no era como él. Abrió asombrado sus ojos inyectados en sangre y retrocedió un paso.

—Hola —dijo con recelo.

—De modo que... ¿puede verme? —balbué.

Su rostro se relajó.

—Desde luego. Aunque sus contornos... —Movié la mano y la deó la cabeza para observarme más detenidamente—. No los veo bien, son un poco borrosos.

—¿Y no le inspiro miedo? —pregunté.

—No, he tenido otras visiones. Además, habla en yiddish. ¿Por qué iba a lastimarme un *ibbur* judío?

—¿Un *ibbur*?

—Un ser como usted, que ha regresado de más allá del borde del mundo.

Se expresaba en un estilo un tanto poético, lo cual me complació. Sonreí aliviado al comprobar que podía verme y oírme. Y el hecho de que hubiera dado nombre a lo que yo era calmó mi inquietud.

—Me llamo Heniek Corben —me dijo.

—Erik Benjamin Cohen —respondí, presentándome como hacía cuando era un escolar.

—¿Es usted de Varsovia? —me preguntó.

—Sí, me crié cerca del centro de la ciudad, en la calle Bednarska.

El hombre frunció los labios en un gesto cómico y emitió un silbido grave.

—¡Bonito barrio! —exclamó entusiasmado, pero cuando sonrió vi que la boca era un desastre de dientes podridos.

Interpretando mi mueca como un signo de dolor físico, se acercó.

—Siéntese, siéntese, *Reb Yid* —me dijo con tono preocupado, acercándome una silla de la mesa de la cocina.

Las formalidades me parecían absurdas después de todo lo que los judíos habíamos padecido.

—Por favor, llámame Erik —dije.

Me senté despacio, temiendo no hallar un asiento sólido, pero la madera de la silla acogió mi huesudo trasero con generosidad, prueba de que empezaba a aclimatarme a esta nueva vida.

Heniek me miró de arriba abajo, con expresión seria.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Durante unos instantes estabas como ausente. Creo que quizá... —Se detuvo de golpe a mitad de la frase, sostuvo su nudosa mano sobre mi cabeza y me bendijo en hebreo—. Con suerte, eso te ayudará —añadió con tono jovial.

Comprendiendo que probablemente era religioso, dije:

—No he visto señal de Dios, ni de nada parecido a un ángel o a un demonio. Ningún fantasma, monstruo, vampiro... Nada. —No quería que pensara que yo podía responder a sus preguntas metafísicas.

Él se apresuró a despachar mis temores con un ademán.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Una taza de té de ortigas?

—Gracias, pero he comprobado que ya no necesito beber.

—¿Te importa si me preparo una?

—Por supuesto que no.

Mientras él ponía agua a hervir, le hice unas preguntas sobre lo que había sucedido desde que me marché de Varsovia en marzo.

Suspirando, respondió:

—*Ech*, las mismas desgracias de siempre. Lo más excitante ocurrió en verano, cuando nos bombardearon los rusos. Lamentablemente, los zoquetes de los pilotos no consiguieron alcanzar el cuartel general de la Gestapo, pero he oído decir que la Plaza del Teatro quedó reducida a un montón de escombros. —Heniek bajó la voz y se inclinó hacia mí—. La buena noticia es que los estadounidenses han entrado en la guerra. Según la BBC, los japoneses los bombardearon hace una semana. Tengo un amigo con una radio oculta.

—¿Por qué susurras?

Heniek señaló el cielo.

—No quiero sonar demasiado optimista. Dios es capaz de jugar-nos más trastadas si cree que me muestro arrogante.

Tiempo atrás sus supersticiones habrían provocado un comentario sarcástico por mi parte, pero era evidente que la muerte me había vuelto más paciente.

—¿Dónde trabajas? —pregunté.

—En una fábrica de jabón clandestina.

—¿Y hoy tienes el día libre?

—Sí. Esta mañana me desperté con un poco de fiebre.

—¿Qué día es hoy?

—El dieciséis de diciembre de mil novecientos cuarenta y uno.

Habían transcurrido siete días desde que yo había abandonado el campo de trabajos forzados en Lublín, donde había estado prisionero, pero según mis cálculos había tardado sólo cinco días en llegar a casa, de modo que durante mi viaje de regreso había perdido cuarenta y ocho horas en alguna parte. Quizás el tiempo transcurría de forma diferente para la gente como yo.

Heniek me contó que antes de trasladarse al gueto había tenido una imprenta. Su esposa y su hija habían muerto de tuberculosis hacía un año.

—Puedo convivir con la soledad —dijo bajando la vista para ocultar sus atormentados ojos—, pero el resto es... demasiado.

Yo sabía por experiencia que el «resto» significaba los remordimientos, y unas sutiles y confusas emociones para las que no teníamos un nombre adecuado.

Heniek arrojó unas hojas de ortiga en el jarrón de cerámica blanco que utilizaba como tetera. Luego, tras alzar la vista con renovado vigor, me preguntó por mi familia, y le dije que mi hija Liesel estaba en Esmirna.

—Trabajaba en un yacimiento arqueológico cuando estalló la guerra, de modo que se quedó allí.

—¿Has ido a verla?

—No, tenía que venir primero aquí. Pero está a salvo. A menos que... —Me levanté de un salto, aterrorizado—. Turquía no ha entrado en la guerra, ¿verdad?

—No, sigue siendo territorio neutral. No te preocupes.

Heniek vertió agua hirviendo sobre las hojas de ortiga describiendo un círculo lento y perfecto, y su precisión me encantó. Volví a sentarme.

—Disculpa mi curiosidad, Erik, pero ¿por qué has regresado junto a nosotros? —me preguntó.

—No estoy seguro. Creo que cualquier respuesta que pudiera darte no tendría mucho sentido a menos que te hable de lo que me sucedió en el gueto, y principalmente de mi sobrino.

—¿Y qué te lo impide? Si quieres, podemos pasar el día juntos.

Los ojos de Heniek mostraban una expresión chispeante. Pese a su dolor y soledad, parecía deseoso de vivir una nueva aventura.

—Te lo contaré un poco más tarde —respondí—. El hecho de hablar contigo... me ha afectado.

Heniek asintió con gesto comprensivo. Luego de tomarse la infusión, propuso que diéramos un paseo. Le llevó una bolsa de patatas a su hermana, que compartía un apartamento de dos dormitorios con otros seis inquilinos cerca de la Gran Sinagoga, y luego escuchamos juntos a Noel Anbaum, que cantaba frente al Teatro Nowy Azazel. Su acordeón hacía que ante mis ojos revolotearan unas figuras en forma de mariposas de color rojo vivo y dorado, una maravillosa y extraña sensación, aunque de un tiempo a esta parte me he acostumbrado a ella; a menudo mis sentidos discurren juntos, como veladuras que se confunden en los bordes. Al final, ¿es posible que se confundan por completo? ¿Me precipitaré en un gigantesco paisaje de sonido, vista y tacto, incapaz de hallar el camino de regreso a mí mismo? Quizá sea así como se me lleve por fin la muerte.

Heniek, cuando oigo el paciente zumbido de la lámpara de carburo que está entre nosotros, y observo la trémula danza de su llama azul, la gratitud que siento me abraza como hacía Adam cuando le decía que visitaríamos juntos Nueva York. Y mi alegría de poder hablarte me susurra al oído: *pese a todos los intentos de los alemanes por rebacer el mundo, las leyes naturales persisten.*

De modo que debo relatarte mi historia en su debido orden, o me perderé como Hansel y Gretel. Y yo, a diferencia de esos niños

cristianos, no tengo migas de pan con que señalar el camino de regreso al hogar. Porque no tengo hogar. Eso es lo que me ha enseñado mi regreso a la ciudad donde nací.

Primero hablaremos sobre cómo desapareció Adam y regresó a nosotros de forma distinta. Y luego te contaré cómo logró Stefa que yo creyera en los milagros.

PRIMERA PARTE

1

El último sábado de septiembre de 1940, alquilé un carro tirado por un caballo, un conductor y dos jornaleros para que me trasladaran de mi apartamento junto al río al de mi sobrina, de dos dormitorios, situado en el antiguo barrio judío de la ciudad. Había decidido abandonar mi casa antes de la instauración oficial del gueto porque ya teníamos vedado el acceso a buena parte de Varsovia, y no necesitaba una bola de cristal para saber lo que ocurriría a continuación. Quería exiliarme como y cuando yo decidiera, y elegir a la persona que ocuparía mi apartamento cuando yo lo abandonara. La hija de un vecino cristiano, una joven en edad universitaria, ya se había mudado a él con su esposo abogado.

Vestido con mi mejor traje de lana, eché a andar pegado detrás del carro, para evitar que cayera algún bulto y aterrizara en el barro. Mi amigo más antiguo, Izzy Nowak, me acompañó, confiando en escapar de su deprimente hogar durante un rato; su mujer, Róza, había sufrido un derrame cerebral a principios de mes y ya no le reconocía. La hermana menor de Róza se había instalado con ellos para ayudar a atenderla.

Mientras Izzy se agachaba para recoger unas hojas teñidas de rojo y amarillo por el otoño, me inducía a hablar para que no cayera presa de la desesperación. En los peores momentos siempre me quedo sin habla, de modo que después de recorrer una manzana le indiqué con un ademán que dejara de insistir. No obstante, mis pies siguieron avanzando —un pequeño triunfo—, y al cabo de un rato, quizá debido al ritmo de caminar, me invadió una calma etérea. Cuando pasamos frente a la torre destruida por las bombas del Castillo Real, un grupo de jóvenes que buscaban gresca empezaron a insultarnos. Con el objeto de frustrar sus intentos de provocarnos,

Izzy se puso a cantar una canción francesa muy popular con su temblorosa voz de barítono; él y yo nos hemos protegido con el sonido de nuestras voces desde que íbamos a la escuela y nuestros compañeros cristianos se mofaban de nosotros.

Como es natural, los judíos, de donde procedemos nosotros, pronto aprenden estrategias defensivas.

Al llegar a la calle Freta, nos unimos a una cola de refugiados en nuestra propia ciudad. ¿Quién podía adivinar que tantos de nosotros tuviésemos samovares, muebles de mimbre y cuadros paisajistas de pésima calidad? ¿O que a una joven madre con su pequeña hija agarrada al borde de su vestido se le ocurriría llevarse un retrete al exilio?

Contemplé los rostros a mi alrededor, cubiertos de polvo y sudor, en los cuales se pintaba una expresión de pánico. Intuyendo el rumbo que habían tomado mis pensamientos, Izzy me agarró del brazo y me obligó a seguir adelante. Al llegar a la puerta del edificio donde estaba el apartamento de Stefa, me condujo adentro y dijo:

—El cielo, Erik, es donde la mayoría de personas de talante apacible ganan todas las discusiones.

Izzy y yo tratamos a menudo de sorprendernos mutuamente con poemas de una línea, que llamamos *gedichtele* en yiddish, una lengua en la que el afecto maternal abraza lo pequeño e insignificante.

—Pero ¿y las personas apacibles que están en el infierno? —pregunté, refiriéndome a aquí y ahora.

—¿Quién sabe? —contestó Izzy, pero mientras subíamos la escalera, cada uno acarreado una maleta, me detuvo. Soltando una jovial carcajada, declaró—: ¡En el infierno no hay personas apacibles, Erik!

Stefa quería que Adam compartiera la cama con ella para que yo gozara de privacidad en el cuarto de estar, pero cuando llegué, el niño se puso a patear en la cocina diciendo que era demasiado mayor para dormir con ella. Izzy —el muy traidor— regaló a Adam las coloridas hojas de otoño que había recogido en el camino y huyó a su casa. Yo me senté junto a mis abultadas maletas como si

me sentara al lado de dos cadáveres, empapado de sudor y humillación.

Mi sobrina se me acercó mientras yo trataba de respirar con normalidad. Sabiendo lo que iba a pedirme, alcé la mano para trazar una última línea que ella no podía atreverse a cruzar.

—¡Ni hablar! —grité.

Creer que mi sonora protesta pudiera triunfar sobre la desesperación de su hijo fue el error de un hombre que había confiado la educación de su hija a su esposa. Al cabo de unos minutos logré que tanto Adam como Stefa prorrumpieran en lágrimas, y los Tarnowski vinieron a ver a qué se debía el barullo. Era una ópera de Rossini interpretada por una grotesca mescolanza de yiddish y polaco. Y yo era el villano en inferioridad numérica sentado con la cabeza entre sus trémulas manos.

Si te portas como un ángel, antes o después conseguirás que el tío Erik se sienta mejor respecto a cualquier cosa, oí a Stefa susurrar a Adam esa noche mientras le arropaba en la cama, pero responsabilizar al chico de que yo me aclimatara a una vida que no deseaba sólo sirvió para que abrazara mi ira con más fuerza. Lo irónico era que Adam y yo habíamos sido amigos antes de mi mudanza. Los fines de semana, botábamos veleros de papel en el lago del Parque Lazienki, y el niño no dejaba de hablar sobre lo que significaba crecer en la época de las estrellas hollywoodienses, las luces de neón y los automóviles. Adam, más menudo que la mayoría de niños de su edad, había hallado el éxito gracias a la agilidad y rapidez con que se movía, la viva encarnación de un pececillo plateado. Yo le puse su apodo, *Piskorz*.

Pero durante esas primeras y difíciles semanas como compañeros de cuarto, hasta la suave respiración de Adam me mantenía desvelado. Solía sentarme junto a la ventana envuelto en una manta, fumando mi pipa y contemplando las estrellas, sintiendo en la tripa el dolor de sentirme desplazado. ¿Durante cuánto tiempo sería un refugiado en mi propia ciudad? Curiosamente, a menudo mis pensamientos giraban en torno a mi padre, cuando portaba una silla plegable y una novela a la Plaza Saski mientras yo jugaba allí con mi cometa. En mi mente aparecía siempre esa bondadosa imagen de él

vigilándome, como una película muda que se atasca en un fotograma. Una mañana, al amanecer, comprendí el motivo: sus paternas desvelos y modales caballerosos representaban una forma de vida que los nazis estaban asesinando.

Aunque ésa resultó ser sólo una de las razones por las que recordaba la imagen de mi padre...

Una noche, durante mi segunda semana en el gueto, Adam se despertó bruscamente de una pesadilla y empezó a lloriquear con la cabeza sepultada en la almohada. Al cabo de un rato, se me acercó cubierto sólo con la chaqueta de su pijama, tiritando, con los brazos extendidos para conservar el equilibrio: parecía un duendecillo bailarín bamboleándose a la luz de la luna.

Debió de quitarse el pantalón del pijama al revolverse y dar patadas en la cama durante la noche, porque últimamente no dejaba que su madre o yo le viéramos desnudo; su mejor amigo, Wolfi, había cometido la estupidez de decirle que tenía las rodillas huesudas y que las marcas de nacimiento que tenía en el tobillo eran muy raras.

Cuando le pregunté qué le pasaba, bajó la vista y murmuró que él ya no me caía bien.

¡Qué valor tuvo que echarle para ponerse al alcance del Lobo Feroz!

Deseé abrazarlo y oprimir los labios contra su sedoso pelo, pero me contuve. Fue un momento de siniestro triunfo sobre lo que yo sabía que era lo correcto.

Desarmado por mi silencio, el niño rompió a llorar.

—Tú me odias, tío Erik —soltó.

En ese momento me complació ver sus lágrimas y percibir el dolor en su voz. Verás, Heniek, alguien tenía que ser castigado por el hecho de que estuviésemos presos, y yo no podía hacer nada contra los auténticos villanos en nuestra ópera.

—Vuelve a la cama —le dije con tono hosco.

¡Qué fácil es perder el dominio del amor! Una lección que he aprendido y olvidado media docenas de veces durante mi vida. No obstante, si crees que sólo pretendía herir a Adam, te equivocas. Lo

cierto es que conseguí mi deseo, pues la escalofriante vergüenza de esa noche jamás me ha abandonado.

Cada mañana, a las ocho y media, Stefa llevaba a su hijo andando a una escuela clandestina en la calle Karmelicka de camino a la fábrica donde pasaba diez horas diarias cosiendo uniformes militares alemanes. Yo iba a recogerlo a primera hora de la tarde, pues mi trabajo en la Biblioteca Yiddish de Préstamo terminaba a la una, pero el niño se negaba a darme la mano y echaba a correr frente a mí. Al llegar a casa, se desplomaba exhausto en su silla ante la mesa de la cocina, la postura de un desdichado combatiente en una guerra no declarada.

Yo le preparaba la comida, que solía consistir en pan con queso y cebolla, o sopa de nabos, unas recetas de mis días de estudiante en Viena.

En aquel entonces aún teníamos pimienta. Adam hacía girar el molinillo de la pimienta como un loco, cubriendo la humeante superficie de la sopa de color negro, tras lo cual se llevaba el cuenco a la boca con ambas manos para paladear su fuego. De hecho, se transformaba en un poseso ante cualquier producto picante, y en cierta ocasión incluso le pillé engullendo unas cucharadas de salsa de rábano picante del tarro, aunque de haberlo sabido Stefa le habría propinado una zurra.

Por las tardes, jugaba con la pandilla del barrio. Su madre le había hecho jurar que no se movería de nuestra calle, pues los guardias nazis habían disparado contra varios niños que sospechaban que actuaban como mensajeros de los estraperlistas, pero ahora vivíamos en una isla de cavernas y laberintos urbanos que esperaban que Adam los explorara, y Stefa no tenía muchas esperanzas de que el niño cumpliera su promesa. Lo cierto era que él y sus amigos se paseaban por todo el gueto.

Las tardes tormentosas, cuando su madre le prohibía salir del apartamento, Adam se sentaba en nuestra cama con las piernas cruzadas al estilo oriental, dibujando animales o practicando su letra grande y de trazo ondulado. Debido a la influencia de su tío Izzy y

a la afición musical de su madre, a menudo se ponía a cantar. Stefa había empezado a darle lecciones de música cuando el niño tenía cuatro o cinco años, interpretando unas melodías sobre el amarillento teclado de su piano Bluthner, lo que significaba que Adam tenía ahora un catálogo de canciones en su cabeza que abarcaba desde himnos sionistas como el «Hatikvah» hasta Irving Berlin al otro lado del Atlántico, aunque su pronunciación del inglés era casi irreconocible y a menudo involuntariamente cómica.

En las ocasiones en que yo le exigía un silencio absoluto, Adam se sentaba obediente en nuestra cama para hacer sus preciados cálculos matemáticos, buscando un silencioso consuelo en su amor por la precisión y el detalle. Ahora comprendo que durante esas primeras semanas conmigo trató de pasar de puntillas. Quizá confiaba en que al fin yo oiría lo que él no sabía cómo decir.

El sábado, 12 de octubre, ocurrió lo inevitable, y los nazis ordenaron a todos los judíos de Varsovia que entraran en el gueto. La caravana de desesperación por la calle Franciszkaska se inició al amanecer. A última hora de la tarde, mientras yo observaba desde la ventana de la habitación de Stefa, un oficial de la Gestapo ordenó a un grupo de abuelos ortodoxos de largas barbas que se quitaran sus chales de oración y sus ropas y se pusieran a hacer ejercicios gimnásticos en la calle.

—¡Cabrones! —murmuró mi sobrina como para sus adentros, pero al cabo de unos momentos me aseguró que era preferible así.

—¡Debes de estar de broma! —repliqué.

—En absoluto —respondió—. Ahora sabemos que sólo podemos depender de nosotros mismos.

Unas palabras heroicas, pero yo no veía nada positivo en la jadeante desesperación de esos ancianos desnudos, y menos en mi humillación por no salir corriendo a defenderlos.

Nuestra moral había empezado a decaer de forma alarmante, de modo que para animarnos, el sábado 25 de octubre Stefa invitó a

unos nuevos amigos suyos a cenar con nosotros: Ewa Gradman, una tímida y joven viuda que trabajaba en la panadería de nuestro patio; Helena, su hija de siete años, una niña callada y observadora cuya diabetes la había dejado con las mejillas chupadas y los ojos luminosos de una santa de un icono ruso; y Ziv Levi, un huérfano de diecisiete años de Łódź, taciturno y lleno de granos, al que Ewa y Stefa habían adoptado como su proyecto prioritario. El joven había empezado a trabajar de aprendiz en la panadería y había instalado su catre en uno de los trasteros.

Ewa preparó para nuestro festín un *Kugelhopf*, un bizcocho de pasas, almendras y licor de cereza, que emanaba un aroma delicioso, y Ziv trajo cuatro huevos frescos y una rosa roja. El joven ofreció sus regalos a Stefa con una formalidad tan caballerosa que Adam se echó a reír y tuvo que echarlo de la habitación.

Como de costumbre, al anochecer el administrador de nuestro edificio, el profesor Engal, llamó tres veces a nuestra puerta para indicar el comienzo del sábado.

Después de nuestro banquete, consistente en carpa y *kasha*, Stefa sacó un sombrero de paja de su armario, se lo encasquetó airosamente a su hijo y le susurró algo al oído. Adam torció el gesto y respondió con un vacilante «no», pero ella insistió con tono implorante, «hazlo por mí, cariño», se sentó al piano y tocó los primeros y empalagosos compases de «Valentine», la canción de Maurice Chevalier.

Intimidado por la insistente mirada de su madre, Adam empezó a cantar. Por desgracia, estaba demasiado nervioso para encontrar su auténtica voz, que no estaba en absoluto educada pero era muy hermosa.

Al chico le gustaba la música, pero le aterrorizaba actuar ante la gente; sólo se sentía cómodo mostrando su vida interior —y sus aptitudes— a las personas que quería. A veces Stefa olvidaba que Adam no era en su fuero interno una estrella de cabaret como ella.

Vi en los ojos de mi sobrino que estaba tan nervioso que apenas era capaz de emitir una nota, de modo que después de la primera estrofa, me levanté y le hice callar agitando las manos.

—Es hora de que te vayas a la cama, *Piscorz* —le dije, volviéndome luego hacia nuestros invitados y añadiendo que era tarde y debíamos retirarnos.

Stefa, furiosa, miró su reloj de pulsera y a mí. Fingiendo una carcajada, replicó:

—¡No lo dirás en serio! ¡Sólo son las nueve!

—El niño necesita dormir —contesté—. Y yo también.

Adam me miró con el rostro crispado de temor, sosteniendo su sombrero de paja en las manos.

Stefa se levantó, indignada.

—¡Si no te importa, tío Erik, las normas en mi casa las impongo yo! Sobre todo en lo tocante a mi hijo.

—Muy bien, impón todas las normas que quieras, ¡pero sin mí! —le espeté, y di un paso hacia el perchero, dispuesto a salir a dar una vuelta para desahogar mi ira, pero Adam rompió a llorar y entró corriendo en la habitación de su madre.

Yo me apresuré a consolarlo, pero cuando le acaricié la mejilla, el niño se volvió de espaldas a mí. Le aseguré que no quería un ángel como sobrino.

—Sobre todo teniendo en cuenta que soy ateo y no tengo la menor intención de ir al cielo —dije en broma.

Compadécete de un anciano que apenas ha tenido experiencia con niños; mi intento de quitar hierro al asunto sólo hizo que los lloros de Adam arreciaran. Mientras me disculpaba con él, Stefa apareció en la puerta, con las manos apoyadas en las caderas.

—¡La has hecho buena! —exclamó—. Como si el niño no tuviera ya...

—¡No debes obligarlo a cantar para mí ni para nadie! —le interrumpí—. Sabes que no le gusta. —Tratando de suavizar la tensión entre nosotros con un poco de sentido del humor, agregué—: Además, creo que podemos ahorrarnos oírle cantar *chansons d'amour* en francés con acento yiddish, al menos mientras no necesitemos desesperadamente que nos entretenga.

—¡No haces más que regañarlo! —gritó Stefa con tono vengativo—. ¡Te tiene un miedo mortal!

Tenía razón, desde luego.

—Todo eso se ha terminado —le dije, sorprendiéndome a mí mismo al añadir—: No voy a castigarlo más.

Los ojos de mi sobrina se llenaron de lágrimas.

—Lamento haber sido tan difícil, *Katsbkele* —le dije, utilizando el apodo con que la llamaba toda la familia.

Stefa asintió para aceptar mis disculpas, incapaz de articular palabra. Abracé a Adam y le besé en la frente. Stefa salió y cerró la puerta con suavidad.

Adam y yo hablamos en murmullos, pues hacía que nuestra amistad fuera más íntima. Le enjuagué los ojos y le hablé sobre los lugares a los que le llevaría cuando saliéramos del gueto. Nueva York era la ciudad que coronaba sus sueños, y cuando comentamos que subiríamos a la cima del Empire State Building, se alzó de puntillas para mostrarme cómo contemplaría el horizonte más ancho del mundo.

Esa noche, acostado en la cama rodeando a Adam con el brazo, comprendí que mi padre me había rondado la cabeza para recordarme que le estaba fallando a su bisnieto. Y a mí mismo, claro está.